

une aparece también el estorbo en el engranaje dictatorial: Cara de Angel cae en desgracia cuando se enamora de Camila, la hija del general Canales, y desde la primera página el anhelo de conseguir ese vínculo es lo que nos angustia al contemplar la soledad trágica del imbécil Pelele y su constante llamada a su inexistente madre.

Por otro lado, pese al carácter marcadamente político de la novela, la presencia del realismo mágico se mantiene en medio de las deformaciones caricaturescas, de la grotesca realidad ofrecida. Recordemos las palabras iniciales y todo el poder sugeridoramente ritual que encierran:

«... ¡Alumbra, lumbré de alumbre, Luzbel de piedralumbre! Como zumbido de oídos persistía el rumor de las campanas a la oración, mal-doblesar de luz en la sombra, de la scmbra en la luz. ¡Alumbra, lumbré de alumbre, Luzbel de piedralumbre, sobre la podredumbre! ¡Alumbra, lumbré de alumbre, sobre la podredumbre, Luzbel de piedralumbre! ¡Alumbra, alumbra, lumbré de alumbre..., alumbre..., alumbra..., alumbra, lumbré de alumbre..., alumbra, alumbre...!»³²

De este modo, la fantasía, la pervivencia ritual de los mitos indígenas y la imaginación desbordada formará parte de la realidad hispanoamericana, desembocando en lo que ha sido calificado de «realismo mágico», «realismo fantástico» o de «real maravilloso».

Cerramos el ciclo con la que consideramos la última novela de dictador tradicional. No es que ya no existan los dictadores, lo que ocurre es que los que detentan el poder en la actualidad no proceden del caudillismo, sino que son figuras directa o indirectamente colocadas por potencias extranjeras, entre las que ocupan lamentable lugar «de honor» las multinacionales. Por supuesto que muchas de las características que hemos esbozado como propias de este tipo de figuras siguen vigentes en la actualidad (corrupción, crueldad, poder ilimitado sobre vida y haciendas de los «naturales», etc.), pero las fuerzas que les respaldan son manejadas desde fuera del propio país, llegando al extremo de que cuando se hace incómodo o demasiado comprometido el dictador es sustituido por otro que, por regla general, aparenta una liberalización del país para que toda la trama económico-social continúe inamovible.

Es evidente que en las últimas décadas ha cambiado la sociedad de los países hispanoamericanos y, por ello, sus sistemas políticos han tenido que cambiar también. La difusión de ideologías políticas, la existencia de corrientes sindicales, la aparición de nuevos y más poderosos medios de comunicación son las causas más destacadas que han motivado tal transformación. Por eso, los sistemas, empleados por las dictaduras

³² MIGUEL ANGEL ASTURIAS: *El señor presidente*, Buenos Aires, Losada, 1974, 20.^a ed., pág. 7.

modernas suelen basarse fundamentalmente en el aniquilamiento de los dirigentes que pueden resultar molestos; larga e interminable lucha, ya que en la mayor parte de los casos los puestos vacíos vuelven a ser ocupados.

Junto a las medidas policiales hemos de tener presentes las coacciones laborales y económicas. Y, así, infinidad de particularidades que nos llevarían a la consideración de un nuevo ciclo novelístico que no se centraría ya en la opresión ejercida por el dictador, sino en la que lleva a cabo el poder, el sistema establecido, en definitiva.

Pero, volviendo al tema de nuestro trabajo, *El otoño del patriarca*³³, del colombiano Gabriel García Márquez, es el epílogo de la novelística centrada en el dictador de corte decimonónico. La obra comienza con la presentación de un mundo alucinante e irracional:

«Durante el fin de semana los gallinazos se metieron por los balcones de la casa presidencial, destrozaron a picotazos las mallas de alambre de las ventanas y removieron con sus alas el tiempo estancado en el interior, y en la madrugada del lunes la ciudad despertó de su letargo de siglos con una tierna y tibia brisa de muerto grande y podrida grandeza»³⁴.

Ya en estas líneas hallamos, como es habitual en las obras de este autor, la existencia de un tiempo aparte, un tiempo detenido, aunque en esta ocasión la detención se deba a la voluntad omnímoda del dictador; un tiempo que superpone los aspectos cronológicos e históricos y que permitirá al «patriarca» abrir la ventana del mar «por si acaso descubría una luz nueva para entender el embrollo que le habían contado, y vio el acorazado de siempre que los infantes de marina habían abandonado en el muelle, y más allá del acorazado, fondeadas en el mar tenebroso, vio las tres carabelas»³⁵. Tras el presente, encarnado en el acorazado, símbolo del imperialismo norteamericano, se vislumbrará el pasado, lo que en cierto modo se convierte en la primera invasión. Por su parte, la antinatural longevidad del patriarca se convierte en clara muestra del dominio que éste ejerce sobre el tiempo.

Pero, de acuerdo con la trayectoria de los dictadores que hemos conocido a través de la novela hispanoamericana, el creado por García Márquez vive alejado del pueblo; ensoberbecido en el pináculo del poder; marioneta él mismo del inmenso guñol en el que ha convertido a su país; ridiculizado desde sus condecoraciones; espectador implacable de un cortejo de muerte:

³³ GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ: *El otoño del patriarca*, Barcelona, Plaza-Janés, 1975.

³⁴ *Op. cit.*, pág. 5.

³⁵ *Op. cit.*, págs. 45-46.

«De modo que a través de los vidrios de la carroza presidencial había visto el tiempo interrumpido por orden suya en las calles abandonadas, vio el aire tónico en las banderas amarillas, vio las puertas cerradas inclusive en las casas omitidas por el círculo rojo, vio los gallinazos ahítos en los balcones y vio los muertos, los muertos, los muertos; había tantos por todas partes que era imposible contarlos en los barrizales, amontonados en el sol de las terrazas, tendidos en las legumbres del mercado, muertos de carne y hueso, mi general, [...] y sólo cuando no parecía haber recurso humano ni divino capaz de poner término a la mortandad vimos aparecer en las calles una carroza sin insignias en la que nadie percibió a primera vista el soplo helado de la majestad del poder, pero en el interior de terciopelo fúnebre vimos los ojos letales, los labios trémulos, el guante nupcial que iba echando puñados de sal en los portales, vimos el tren pintado con los colores de la bandera trepándose con las uñas a través de las gardenias y los leopardos despavoridos hasta las cornisas de niebla de las provincias más escarpadas; vimos los ojos turbios a través de los visillos del vagón solitario, el semblante afligido [...]»³⁶.

Con *El otoño del patriarca*, de ese patriarca que cuando todos creen que ha muerto resulta resucitar, el autor parece querer salir del mundo de Macondo y de los Buendía para sugerir una indeterminación geográfica y personal que, precisamente por ello, permite infinidad de localizaciones e identificaciones.

Recapitulando cuanto hemos visto hasta el presente podríamos señalar:

1.º Desde mediados del siglo XIX surge en Hispanoamérica un género novelístico centrado en torno a la existencia de una «dictadura».

2.º La figura del dictador dominará absolutamente este tipo de novelas.

3.º El egocentrismo de estos personajes llega a ser causa de su propia ridiculización.

4.º El dictador se mantiene en el poder basándose en una red de espionaje, en la represión sistemática e indiscriminada y en el terror de sus súbditos.

Con estos elementos se construyeron las novelas someramente analizadas y que son claro ejemplo de hasta qué extremo sus autores quisieron y supieron hacer de la pluma un arma en su lucha por la libertad.

JUAN JOSE AMATE BLANCO

Calle Encinas, 16
MADRID

³⁶ *Op. cit.*, pág. 246.